

bajo el formidable peso del sentido común, de la verdad y la justicia, á que rinden siempre culto los vasco-navarros y toda la altiva, pujante y caballerosa nación española (1).»

6. Á últimos de Septiembre fué el P. Claret á presidir la elección de Abadesa del Real Monasterio de las Huelgas, barrio de Burgos. Preparó para aquel importante acto á las religiosas de la Comunidad con un fervoroso triduo de ejercicios espirituales, y aunque tan cortos, fueron éstos, según aseguraba la Rda. Madre Abadesa á un amigo nuestro, más fructuosos y eficaces que los ordinarios de diez días. No obstante el escaso tiempo de que podía disponer, fué un día á la ciudad y dirigió su apostólica palabra á los socios de las Conferencias de San Vicente de Paúl, reunidos en la capilla del Palacio arzobispal. No pudo ver y saludar, como deseaba, al Sr. Arzobispo de la diócesis, por hallarse ausente, haciendo, según parece, la santa visita pastoral. Al volver á Huelgas cerca del anochecer, los socios de las Conferencias, que habían quedado muy prendados y entusiastas del Siervo de Dios, no quisieron que se fuera solo con su capellán y, al efecto, nombraron entre las personas más respetables una Comisión que le acompañó hasta su morada. Uno de los que formaban parte de ella anotó, como cosa edificante, el que á mitad de camino, oyendo S. E. el toque de oraciones, se paró al instante y descubierta rezó en voz alta el *Angelus*, al que respondieron los demás, que, movidos con tan tierno ejemplo, se habían colocado á su alrededor con la cabeza descubierta (2).

En Diciembre de este mismo año 1866 emprendieron los Reyes un viaje á Lisboa, en el cual, según costumbre, los acompañó el P. Claret, quien llevó consigo en calidad de capellán al Rdo. P. Pedro Vilar, Misionero de nuestro Instituto. En la breve parada que hicieron en Badajoz dió el santo Prelado harto que hablar con un acto de fortaleza que dejó admiradas á muchísimas personas. He aquí cómo lo refiere Don Manuel Martínez Guerra, familiar que era á la sazón del señor Obispo de aquella diócesis: «Supimos, — dice, — en Talavera la Real, donde se hallaba en santa visita nuestro Prelado, que el Sr. Claret acompañaba á la Reina en su viaje á Lisboa y que

(1) *Semanario Católico Vasco-Navarro*, viernes 14 de Septiembre de 1866.
(2) Carta de los Sres. Güell, hermanos, 7 de Julio de 1881.

haría noche en Badajoz, así que tuvimos que regresar á la capital para disponer lo conveniente á la recepción y hospedaje del virtuoso y esclarecido personaje. Serían las seis ó siete de la tarde cuando el virtuosísimo Prelado llegó al Palacio episcopal, acompañado solamente de un señor sacerdote, y creyendo yo que necesitaría de algún descanso y alimento le ofrecí no sé qué cosa, indicándole á la vez la habitación que le estaba preparada. No quiso aceptar nada por entonces, pero dijo que un poco más tarde nos acompañaría á todos en la colación (me parece que era día de ayuno).

„Al día siguiente salió muy de mañana y predicó en el Hospital y en los conventos de Religiosas, yendo después á la Santa Iglesia Catedral para dirigir también su palabra al pueblo de Badajoz. Yo no tuve el gusto de escuchar todo el sermón, porque acompañaba á mi Sr. Obispo, que seguía á la Reina á todas partes: sólo, sí, puedo decirle que, cuando los Reyes y la regia comitiva entraron en el templo, se hallaba ya el Sr. Claret en el púlpito predicando á un concurso numerosísimo de almas. Se produjo alguna confusión, porque, como dejó dicho, era inmenso el gentío que había dentro del templo, y, ó bien fuera por esto ó por esperar tal vez á que la Reina y los personajes que la acompañaban ocuparan sus respectivos sitios, hubo de callarse algunos instantes para continuar después el sermón. Subía la Reina las gradas del altar mayor, y, ya en el presbiterio, prorrumpió el pueblo en un „Viva la Reina,“ tan estrepitoso que hizo hablar al Siervo de Dios de esta manera: *Señores, en la casa de Dios no se dan vivas á ningún mortal.*

„Para muchos pasaron inadvertidas estas palabras verdaderamente apostólicas; pero en no pocos causaron una sensación profundísima de gozo. Recuerdo que el difunto señor Don Vicente de Torres Moreno, dignidad de Chantre, Provisor y Vicario general entonces de esta diócesis, las recordaba con frecuencia, ponderando con entusiasmo el celo y las grandes virtudes del esclarecido Sr. Claret (1).»

El que era entonces Obispo de la diócesis, Ilmo. Dr. D. Fernando Ramírez, quedó en gran manera edificado del celo, laboriosidad, templanza y mortificación del Siervo de Dios, de

(1) Carta al Rdo. P. Inocencio Heredero, 11 de Mayo de 1887.

lo cual dió testimonio en una carta escrita á nuestro Rmo. Padre General, en la que aseguraba, entre otras cosas, que apenas tomaba el P. Claret un corto descanso en las altas horas de la noche, "de lo cual;—dice,—daba testimonio hasta el lecho que se le tenía preparado (1)."

7. Cosa larga fuera ir recorriendo los trabajos que llevó á cabo en los dos años siguientes, á pesar de los achaques cada vez mayores que minaban su salud y sus fuerzas. Sólo hablaré de lo más saliente del último año antes de su destierro. Á principios de este año el gran Pontífice Pío IX, por Breve de 28 de Enero de 1868, encargó al santo Arzobispo hacer solemne entrega á la Reina de España de la *Rosa de oro*, que, conforme á la antigua institución de los Papas, había sido bendecida en la Cuaresma anterior. El Padre Santo, al dar esta honrosa comisión al P. Claret, concedió indulgencia plenaria á todos los fieles que habiendo confesado y comulgado asistiesen á la Misa que debía celebrar el Siervo de Dios para verificar la entrega, y á los que presenciasen las santas ceremonias, á lo menos con corazón contrito, siete años y otras tantas cuarentenas.

Hizose la solemne función á los 12 de Febrero en la Real Capilla de Palacio. Las palabras que, según el Ritual, pronunció el Siervo de Dios al entregar la *Rosa de oro* no podían ser más adecuadas á las circunstancias en que se hallaba Doña Isabel II, que no tardaría en emprender el camino del destierro. "Recibid, —dijo,—de nuestras manos la *Rosa* que, por especial comisión hecha á Nos por nuestro Santísimo Padre en Cristo y Señor nuestro Pío IX, os entregamos. Señálase por ella el gozo de una y otra Jerusalén, á saber: el de la Iglesia triunfante y el de la militante; por ella también se manifiesta á todos los fieles aquella hermosísima flor, gozo y corona de los Santos. Recibidla Vos, amadísima Hija en Cristo, que, según el mundo, estáis dotada de gran nobleza, poder y valimiento para que seáis más noble en Cristo Señor Nuestro en todo género de virtudes, á manera de rosa plantada en las orillas de las aguas, la cual gracia, por su gran clemencia, se digne concederos Aquel que es uno y trino por los siglos de los siglos. Amén."

(1) Carta del 13 de Diciembre de 1879.

8. Ciertamente que la infortunada señora necesitaba afianzar más y más su nobleza en Cristo por medio de heroicas virtudes para sobrellevar con resignación cristiana la pérdida del trono, cetro y corona que pronto rodarían por el suelo. Contaba en una carta la virtuosa Madre Paula Delpuig, Superiora General de las Carmelitas Trinitarias, que una religiosa muy edificante é iluminada del Señor había tenido una visión de que el P. Claret era como una viga apuntalada para sostener el edificio de la Monarquía española. Fué alguno á contar esta visión al Siervo de Dios, y respondió éste al punto con mucho donaire: "Sí, ciertamente, viga soy, pero vieja y carcomida que no sirve." La revolución comenzaba ya á cernerse sobre la cabeza de la Reina; pero el Sr. Arzobispo la había visto venir de muy lejos y la había anunciado repetidas veces de palabra y por escrito. "Conviene, —decía ya en una carta del 1.º de Octubre de 1857,— conviene no perder tiempo, porque vendrá una tormenta que nos impedirá el trabajar." "En el año 1860, si no recordamos mal la fecha, le oímos, —dice el señor Obispo de Segorbe,—predicar en la iglesia de la Merced de Vich un sermón al clero en que parecía describir las cosas que después han sucedido. Exhortando á los eclesiásticos que le oían al celo, á la abnegación y al total desprendimiento del mundo, se enfervorizó extraordinariamente, tomando poco á poco un tono de seguridad y de amenaza respecto á lo por venir, que más que predicador parecía un profeta. El auditorio salía del templo asombrado y sobrecogido de cierto indefinible terror, preguntándose: "¿Qué habrá querido decir? ¿Qué va á suceder?" Y después de la revolución, alguno de los que le escuchaban ha dicho: "Ya lo predijo el P. Claret en aquel sermón."

Hallándose un día en La Granja con su capellán D. Carmelo, asistió á una Misa con exposición de S. D. M., y al salir de la iglesia dijo á su capellán muy impresionado: "Acaba de decirme el Señor que viene sobre España una gran revolución, y con ella el protestantismo, la república enemiga de la Religión y el comunismo." Era esto poco antes de la segunda caída de O'Donnell (1).

Estando en Madrid en 1863 el muy ilustre D. Antonio Bar-

(1) Carta de D. Carmelo Sala, 18 de Diciembre de 1879.

jáu, al aconsejarle el Siervo de Dios que volviera á Cuba, le dijo estas ó parecidas palabras: "Vaya Ud. allá; yo de intento voy colocando á todos mis familiares; estamos sobre un volcán; el día que reviente, la Reina y yo Dios sabe adónde iremos á parar (1)."

"Otra vez,—escribía el presbítero D. Juan Serra y Camps,—estando en El Escorial un año ó dos antes de la caída de la Reina Doña Isabel, predijo las desgracias que dentro de breve tiempo habían de venir sobre España, y fué de este modo. Era un Viernes Santo, por la mañana, sobre las seis, poco más ó menos, y predicaba el sermón de Pasión, según su costumbre de todos los años, y estando predicando con gran celo y fervor dejóse caer á una aplicación moral, y en esa aplicación habló mucho contra los pecados de blasfemia, deshonestidad y quebrantamiento de las fiestas; dijo que por estos tres pecados, de que España era muy culpable, vendrían grandes castigos sobre ella, y después de haber dicho estas palabras se paró un poquito y volvió luego á decir: "Sí, grandes castigos vendrán sobre España á no tardar"; y luego se paró otro ratito, y dando un golpe sobre el púlpito dijo tercera vez alzando mucho la voz: "Grandes castigos vendrán sobre España, y tened en cuenta desde dónde os lo digo." De todo lo cual me acuerdo yo muy bien por la honda impresión que me hizo, la que no se me ha olvidado jamás (2)."

9. Mas si á todos en general había predicho para su precaución los movimientos revolucionarios, que tantos días de luto habían de traer sobre nuestra desventurada patria, anunciólos de una manera muy especial á sus queridos hijos los Misioneros, para que no los cogieran desprevenidos. Ya en otros capítulos he referido algo tocante á este asunto, y como mayormente hallándose entre ellos con motivo de los acontecimientos religioso-políticos del 65, les dijo en una plática con grande energía que vendría una revolución en la cual nuestro Instituto sería sellado con la sangre de algún mártir, y que luego se extendería por el mundo. Con ocasión de haberse presentado al Siervo de Dios en Madrid un sacerdote de Orán pidiéndole enviara allí algunos de nuestros Misioneros, escri-

(1) Declaración de D. Antonio Barjáu. Ad art. 25.
(2) Relación del presbítero D. Juan Serra y Camps.

bió al Superior General una carta haciéndole ver la necesidad de que la Congregación fundara Casas ó Residencias en país extranjero, y si era posible se estableciera una en Orán, porque "si la revolución,—decía,—nos echara de España, hallaríamos en África un asilo (1)."

A principios del 68, viendo que la revolución se acercaba, les respetó lo mismo y les aconsejaba especialmente que fundasen en Argel, ya para hacer bien á los muchísimos españoles que allí residían, ya para bien de nuestro Instituto, puesto que "cuando venga,—decía,—la persecución que se hará á la Religión en España, pueden refugiarse los nuestros en el África, que está aquí tan cerca (2)."

No obstante estos presentimientos, el P. Claret trabajaba cuanto podía para que su Congregación, libre de trabas, fuera creciendo y pudiera dar más gloria al Señor. En 1867 obtuvo con su influencia del Gobierno que los individuos de nuestro Instituto fuesen exentos del servicio militar. "Enterada la Reina,—decía la Real orden,—de la exposición dirigida por usted á este Ministerio en solicitud de que se declaren exentos del servicio militar los individuos de la Congregación de Misioneros del Inmaculado Corazón de María; teniendo presente que, según las Reglas de la expresada Corporación, los que la componen están obligados con juramento á ser constantes coadjutores de los Prelados de la Iglesia en el ministerio de la predicación, no sólo en la Península, sino en cualquier parte donde sean necesarios sus servicios, S. M. se ha dignado acceder á lo solicitado por Ud. y mandar que á los individuos de la Congregación, de que es Superior, se les exima del servicio militar, como comprendidos en los párrafos 3.º y 4.º del artículo 74 de la ley de Reemplazos vigente.—De orden de Su Majestad lo digo á Ud. para su conocimiento, satisfacción y demás efectos consiguientes.—Dios guarde á Ud. muchos años. Madrid, 18 de Enero de 1867. = *González Brabo*. = Al Superior General de la Congregación de Misioneros del Inmaculado Corazón de María."

Esta Real orden se debió á las diligencias del P. Claret y á su influjo con la Reina.

(1) Carta del 20 de Mayo de 1866.
(2) Carta del 17 de Febrero de 1868.

Catorce años disfrutó nuestra Congregación del privilegio de quintas que por esta Real orden le fué concedido, y así es como pudo admitir en su seno multitud de jóvenes que se sentían llamados por Dios á la vida apostólica; pero llegó el año 1881, y la Diputación de Barcelona, separándose del criterio de las demás de España, decretó que había caducado la citada Real orden, y, en su consecuencia, declaró soldados á dos de nuestros jóvenes profesos. En su lugar veremos cómo recobró la Congregación este privilegio, de vital interés para la misma.

10. Á primeros de Julio del 68 salió de Madrid con la corte en dirección á La Granja. Llegado allí, después de algunas visitas que la urbanidad le exigía, como al Sr. Nuncio apostólico, al Patriarca de las Indias y á otras personas notables, se ocupó en confesar toda clase de personas en la iglesia parroquial, adonde iba á celebrar la santa Misa. Todas las tardes visitaba al Santísimo Sacramento y salía un corto rato á paseo, buscando siempre los lugares más retirados. Dejóse sentir también su infatigable celo en los hospitales civil y militar, en las escuelas de uno y otro sexo, en las que repartió en abundancia libros y rosarios, y en las Conferencias de San Vicente de Paúl, tanto de hombres como de señoras, avivando más y más en ellas la caridad con sus fervorosas exhortaciones. Predicó también en la fiesta celebrada en obsequio de nuestra Señora del Carmen, con la admiración de siempre en los oyentes, y lo restante del tiempo lo empleaba en escribir opúsculos de propaganda católica.

Los que más seregocijaron con esta postrer visita del Padre Claret á Segovia fueron nuestros Padres y Estudiantes de aquel Colegio, los cuales no sabían cómo ponderar la santa afabilidad de su amable Fundador y la unción y eficacia de sus palabras. Para todos los Estudiantes tuvo frases de singular cariño, y después de haberlos exhortado paternalmente á perseverar en la vocación que habían recibido, para lo cual les recomendó muy especialmente la práctica de la humildad y la devoción á la Santísima Virgen, quiso darles con encantadora gracia una prueba de su amor siempre afable y lleno de suavidad y dulzura. Habiéndolos reunido á todos por la tarde, les dijo con amable sonrisa: "Á los que vienen á mi casa, en *penitencia* acostumbro á darles chocolate." Hízoselo tomar,

en efecto, y después de haberles regalado algunas hojitas como piadoso recuerdo, se despidió de ellos cariñosamente para juntarse con la Corte en San Ildefonso.

De La Granja se dirigió á Lequeito el día 8 de Agosto, y allí permaneció hasta el 17 del próximo Septiembre. Durante este espacio de tiempo dió ejercicios espirituales á las Hermanas de la Caridad y á las niñas del Colegio que aquellas dirigían; diólos igualmente á las religiosas Dominicas y á los sacerdotes de la población, visitó las escuelas municipales y, por último, predicó al pueblo diez días seguidos, y confesó á personas de todos los estados y condiciones. Estaba el pueblo tan prendado de su modestia y laboriosidad que, aun después de mucho tiempo de haberse ausentado de allí, preguntaban á los patronos de la casa en donde estaba alojado si sabían algo de la salud y estado del Sr. Arzobispo Claret. El día que salió para San Sebastián, así los señores de la casa en que vivía como otras muchísimas personas del pueblo, dieron evidentes señales de la tristeza que les causaba la separación de S. E. I. El capellán que le acompañaba oyó que, hablando de él las gentes, decían: "Es un santo (1)."

Entretanto estaba á punto de estallar la bien fraguada revolución contra el trono de Isabel II. La pobre señora había obsequiado en Lequeitio con un banquete á los marinos de la *Zaragoza*, los cuales, á pesar de sus protestas de adhesión, tomaron parte principalísima á los pocos días en la insurrección de la escuadra de Cádiz. El Siervo de Dios, sin hacer caso de la borrasca que se venía encima de la carcomida Monarquía, que tantos años antes había previsto, y que de rechazo debía descargar también sobre él, seguía imperturbable en San Sebastián en sus tareas apostólicas. Durante su segunda permanencia en esta ciudad, que fué del 18 al 30 de Septiembre, predicó á las Comunidades religiosas así de dentro como de fuera de la población, visitó el hospital y el hospicio, y en ellos dirigió la palabra á las Hermanas encargadas de estos establecimientos y á los pobres que en ellos había, y entre estos últimos distribuyó muchas estampitas que los desgraciados recibieron con muestras de profundo agradecimiento. También tuvieron el consuelo de oírle por vez postrera los

(1) Notas del Rdo. P. Lorenzo Puig, capellán entonces del P. Claret.

coros de San Luis y de Santa Filomena, que el mismo señor Arzobispo había fundado dos años antes en la ciudad con muy buenos resultados, tanto por el número de los que á ellos pertenecían como por su buen comportamiento.

¡Qué ánimo tan tranquilo y tan arraigado en Dios había menester para ocuparse con tanto celo en la salvación de las almas, cuando todo temblaba á su alrededor por los tristes acontecimientos que en aquellos días se estaban verificando! En el siguiente capítulo veremos el papel providencial que en ellos desempeñó, bien distinto, por cierto, del de los aduladores de la infortunada Reina, á quien muy bien llamó Donoso, con acento sublime y compasivo, *mujer de los tristes desdichados*.



CAPÍTULO XIV

DEL DESTRONAMIENTO DE ISABEL II, Y CÓMO EL P. CLARET LA ACOMPAÑÓ AL DESTIERRO

1. Preparativos revolucionarios. — Destronamiento de Isabel. — 2. El P. Claret la acompaña al destierro. — Reflexiones del Sr. Marqués del Arco. — 3. Detiéndose en Pau con la Real familia. — Saña de los revolucionarios contra el Siervo de Dios. — 4. Llegada á París. — Hace allí los ejercicios espirituales. — Nochebuena. — Tranquilidad de su espíritu en medio de las persecuciones. — 5. Ocupan los revolucionarios de Madrid el edificio de Montserrat. — Valor de las Hermanas Carmelitas de la Caridad para salvar las cosas pertenecientes al Siervo de Dios. — Generosidad y desprendimiento de éste. — 6. Calúmnianle los enemigos de haber robado dos custodias de El Escorial. — Lo que hubo en este asunto. — Documentos irrefragables de la inocencia del Siervo de Dios. — Entrega de las custodias. — 7. Persecuciones contra los Misioneros fundados por el P. Claret. — La cuestión sobre la sala del *Dibujo* en la Casa-misión de Vich. — La Junta revolucionaria expulsa á los Misioneros de su convento. — Modo inicuo con que se llevó á cabo. — Revolucionarios de Reus: asaltan la Casa-misión de *La Selva*: hieren al P. Superior. — Fuga de éste. — El primer mártir de la Congregación: el P. Crusáts asesinado por los revolucionarios. — Cumplimiento de la profecía del P. Claret. — Carta de éste animando á sus Misioneros con motivo de la muerte del P. Crusáts. — Más atentados de los revolucionarios contra nuestra Congregación. — Providencia de Dios. — Establécense los Misioneros en Prades de Francia. — Consejos del P. Fundador á los suyos. — 8. — Sus últimos trabajos en París. — Despídese de la Reina y sale para Roma. — Olor de santidad que dejó en la capital de Francia.

1. Cumplióse al fin lo que el P. Claret muchos años antes había pronosticado. En la extensa bahía de Cádiz se reunieron las fragatas de guerra *Zaragoza*, *Tetuán*, *Villa de Madrid* y *Lealtad*; los vapores *Ferrol*, *Vulcano* é *Isabel II*; las goletas *Edetana*, *Santa Lucía*, *Concordia* y *Ligera* y los transportes urca *Santa María* y vapor *Tornado*: en su puesto los jefes Topete, Malcampo, Barcaíztegui, Arias, los Guerras, Uriarte (D. Florencio), Montojo, Pardo, Pilón, Vial, Pastor y Landero y Oreiro, y la insignia almirante en la *Zaragoza*. Sólo se esperaba la llegada de los generales fugados de Canarias á bordo del *Buenaventura* en la obscura noche del 12 de Septiembre y de algunos otros que habían dirigido la conspi-